

Nunca me eligió último

*La dirección en la cual la educación inicia a un hombre
determinará su vida futura*

Platón

—¡Doctora Carr! ¿Es usted? ¿En verdad es usted?

Giré desde donde estaba buscando en la librería para ver a un sonriente, rubio, musculoso y atractivo joven de un metro ochenta que me llamaba.

—¡Doctora Carr, soy yo! ¡Gibby!

—Gibby, no puede ser. ¡Ya eres un adulto!

Mirándolo más de cerca habría reconocido aquellos ojos azules serios, intensos, penetrantes en cualquier lado. Sí, correcto, era mi Gibby.

Se inclinó para abrazar a su ex directora de la escuela elemental y mis pensamientos volaron hasta ese pequeño niño tímido y excedido de peso que llegó a nuestra escuela cuando comenzó quinto grado. Entonces era tranquilo y retraído.

Los primeros meses fueron difíciles para Gibby, como les pasa a muchos niños cuando comienzan en una escuela nueva. Algunos de sus compañeros se reían de él debido a su falta de habilidades atléticas cuando intentaba jugar en el campo de deportes. Gibby no tenía coordinación y le costaba mantener el ritmo. Siempre parecía

tropezar con los cordones de sus zapatos. La mayoría de las veces era así. Debía remarcarlo:

—Hijo, mejor que te ates los cordones.

Y él respondía:

-Sí, señora, doctora Carr.

A menudo solía observar cómo los alumnos jugaban en el recreo. Me di cuenta de que cuando comenzaban a elegir los equipos para un juego, el pequeño y serio Gibby en general quedaba solo. Muchas veces yo salía al campo y decía:

-Yo nunca elijo un equipo. ¿Puedo hacerlo?

Los niños y niñas se reían de su directora que quería jugar, y decían:

-Está bien, doctora Carr, ¡es su turno!

Decía algunos nombres y luego, alrededor del cuarto o quinto lugar, llamaba a Gibby y a algunos otros que nunca eran elegidos por sus compañeros. Mi equipo podía no ser el mejor, pero era, por mucho, el más feliz y definitivamente el más comprometido, determinado y leal.

A comienzos de la primavera, durante el quinto grado de Gibby, realizaba clases de ejercicio físico en el campo de deportes durante el recreo, para todo aquel que quisiera tonificar sus músculos, entumecidos por el invierno. Las niñas acudieron en masa a estas clases, también vinieron algunos niños. Gibby era uno de éstos.

Comenzamos caminando vivamente por el perímetro del enorme campo. Yo encabezaba el grupo y Gibby, invariablemente, lo cerraba, resoplando, jadeando y tropezándose con sus cordones. Mientras mi grupo daba vueltas, sobrepasábamos a Gibby, que daba todo de sí pero no obstante quedaba muy por detrás. Yo le decía:

-Buen trabajo, Gibby. Sigue así, lo estás logrando. Eh... mejor que te ates los cordones, hijo.

-Sí, señora, doctora Carr -respondía, respirando con dificultad e intentando poner una cara feliz.

Luego de un mes, Gibby había bajado algunos kilos. Ya no resoplaba ni jadeaba tanto. Todavía se tropezaba con sus cordones, pero se mantenía con el grupo con mayor facilidad.

Para la quinta semana, teníamos tantos niños como

niñas en nuestra clase de ejercicio. No creo que todos los niños estuvieran repentinamente interesados en su salud, sino que más o menos durante ese tiempo las niñas decidieron utilizar pantalones cortos. Agregamos algunos ejercicios de piso y llevábamos a cabo la clase en el gimnasio. Allí estaba Gibby, en la fila de atrás, elongando y haciendo flexiones, levantándose y pateando, tan apasionado como siempre. Gibby nunca se rendía ni ponía excusas. El pequeño simplemente no era un perdedor. Lo intentaba tan duro como cualquiera y yo admiraba su coraje. Muchos de sus compañeros también lo hacían. Con el tiempo, ganó confianza y comenzó a sonreír y a hablar más. Ya no era el niño nuevo y comenzó a hacer algunos buenos amigos.

Ahora, después de todos esos años, aquí estábamos parados en la librería. Mi pequeño Gibby se alzaba impunemente frente a mí.

-¿Qué estás haciendo aquí, Gibby? -le pregunté-

Escuché que te habías mudado a Georgia.

-Sí, ahora vivo en Atlanta y soy gerente de división en una compañía de software de computación. Este fin de semana he venido a visitar a mi madre -respondió.

-Bueno, te ves bien y suenas feliz, Gibby.

-Soy feliz y pienso en usted a menudo. Ya sabe, fue un poco difícil para mí mudarme a una ciudad nueva y volver a cambiar de escuela, pero usted en verdad me lo hizo agradable.

-Vaya, gracias, Gibby.

-Sí, usted siempre estaba riendo y hacía divertido el venir a la escuela -dijo-. Nunca olvidaré sus clases de ejercicios. En verdad nos hacía trabajar.

Entonces, una amplia sonrisa iluminó su rostro, mientras continuaba:

-Pero, doctora Carr, ¿sabe lo que más recuerdo de usted?

-No tengo idea. ¿Qué es?

-Bueno -dijo, mientras me miraba fijamente con aquellos profundos ojos azules-, cada vez que usted tenía la posibilidad de elegir equipos, nunca me eligió último.

-Por supuesto que no, Gibby. Eras uno de mis jugadores más decididos.

Nos abrazamos nuevamente y dijo:

-Ahora estoy casado. Ella es muy bonita y siempre está riendo. Ahora que lo pienso, es muy parecida a usted. Y lo mejor de ella es que, de todos los hombres que hay en el mundo con los que podría haberse casado, se quedó conmigo. ¡Me eligió primero!

Las lágrimas inundaron mis ojos. Miré hacia abajo para evitar su mirada e intenté controlarme.

Fue entonces cuando me di cuenta de sus zapatos.

-Mejor que te ates lo cordones -musité, quitándome las lágrimas de los ojos con el dorso de la mano.

-Sí, señora, doctora Carr -respondió, ostentando aquella sonrisa juvenil.

Tee Carr Ed. D.